

LOS SECRETOS DE NI

SOMERSET Maugham, el célebre novelista inglés, declaró hace poco a un periódico: «El estar todavía vivo se lo debo al profesor Niehans y a su tratamiento de células frescas». Algunos días más tarde, la Academia de Medicina de París publicaba un informe mediante el cual, las operaciones de la terapia celular quedaban en suspenso o, por el momento, simplemente rechazadas. El abultado «dossier» sobre este nuevo método, se aumentó con estos dos nuevos testimonios. La terapia celular del profesor Niehans —tratamiento de diferentes enfermedades y curas de rejuvenecimiento mediante la inyección en el organismo de células frescas extraídas de embriones de animales— ha organizado un verdadero revuelo, levantando las más duras polémicas. El uso de estas nuevas fórmulas pone en juego toda la concepción de la medicina tradicional y desde luego, haría innecesario el uso de la farmacia. Estas razones, por sí solas, explican perfectamente el ardor de la controversia. Las posiciones oficiales son distintas en cada país. En la URSS, Suiza, los países nórdicos y Alemania, la célula fresca ha sido aceptada en los cuadros clínicos de muchos hospitales. En los Estados Unidos y Francia son poquísimos los médicos que las utilizan, acaparando, además, las más duras acusaciones. La utilización de las células se hace mediante las normas establecidas en Francfort por el Comité de Vigilancia a cuya cabeza figura el doctor Sprado, considerado como el delfín del profesor Niehans. Este Comité ha elaborado un código en el que

EN BUSCA DE UNA SEGUNDA JUVENTUD

se precisan las reglas de asepsia que, necesariamente, han de tenerse en cuenta desde que se efectúa la extracción hasta el momento mismo de la inyección. Una de las críticas más duras que ha sido formulada por sus detractores se basa en el peligro que hay de infección, ya que los animales son propensos a cierto tipo de enfermedades fáciles de confundir y, desde luego, podría resultar que los bacilos proliferasen al mismo tiempo que los tejidos embrionarios. Por esta razón, las operaciones de control sanitario se han multiplicado al máximo.

Durante los días siguientes a la extracción, los tejidos seleccionados se conservan a 60° centígrados, ya que a esta temperatura, según han probado los trabajos recientes del biólogo francés Rosand, se pueden conservar perfectamente todos los órganos embrionarios, y sin duda, muy pronto, estructuras orgánicas mucho más complicadas. Por lo pronto, la preservación de tejidos y órganos, su trituración y transformación en «puré celular» por adición de suero, se realiza bajo la misma asepsia total. El enfermo, por su parte, es ya preparado para recibir las inyecciones que reclama su organismo. Debe permanecer en completo

reposo ya que la presencia del ácido láctico en sus cansados músculos puede originar graves incidentes. Se aconseja también que el enfermo guarde cama durante dos o tres días sin fumar y sin ingerir alcoholes. Después renacerá a una nueva vida...

Por el momento, la lucha entre los entusiastas y los detractores de la terapia celular continúa; el problema llega hasta la célula, base misma de la vida. El peligro de infección es el argumento de más peso que utilizan sus contrarios, sobre todo los americanos. El cáncer, dicen, es una tuberculosis celular; inyectar en el organismo humano células frescas, es intervenir en un delicado equilibrio del que no se pueden augurar vaticinios. Es posible que se obtengan ciertas mejoras, pero también lo es que el mecanismo celular, conmovido por esta introducción, extraña a él, no reaccione a la larga con esta creación anárquica. Para otros, la aportación de células frescas constituye, por el contrario, una salvaguarda preciosa contra el cáncer, sobre todo si las células se han conseguido de animales cuya especie no haya estado nunca atacada por esta enfermedad. Por el momento, la terapia celular arremete con problemas menos complejos. Con el fin de determinar los órganos enfermos, se practica, en general, un examen biológico muy discutido, conocido con el nombre de «reacción de Abderhalden». El principio de esta reacción, que se realiza en Alemania en los laboratorios especializados, es el siguiente: todo órgano enfermo se conduce en el interior del organismo como si fuera un cuerpo extraño. Su presencia se deja sentir allí donde ahora pasaba inadvertida. Un estudio del suero o de la orina del sujeto, permite identificar los fermentos de defensa y, por consiguiente, los órganos a tratar. La insuficiencia de glándulas endocrinas y la inflamación de las arterias son las primeras indicaciones para la práctica del método. Después, las enfermedades degenerativas del hígado, del corazón y del riñón, los agotamientos nerviosos u hormonales, trastornos de la menopausia, vejez prematura, desgaste general y, en fin, los trastornos tanto vasculares como arteriales. En todas estas enfermedades los éxitos y los fracasos se entremezclan de tal modo que hacen casi imposible la tarea del investigador objetivo.

Un médico discutido

El profesor Niehans, considerado como el médico más discutido de la época, vive cerca de Lausanne, en Burier-Vevry. Hace cinco años, un suceso fortuito le trajo la celebridad: durante la enfermedad de Pio XII, sus médicos, al agravarse su estado, sugirieron la posibilidad de efectuarle una delicada operación quirúrgica. Niehans fue llamado al Vaticano. Por aquel entonces, sus trabajos sobre las células frescas habían suscitado ya muy variadas reacciones. Después de examinar al ilustre enfermo, Niehans se mostró disconforme con la opinión de sus colegas, ya que el estado del Papa no resistiría tan grave operación, proponiendo una serie de inyecciones de órganos deducidos de una oveja. La primera reacción fue de absoluta oposición, pero la gravedad del enfermo se impuso, ganando Niehans la causa.

Niehans tiene actualmente setenta y seis años, pero apenas aparenta cincuenta. En su clínica, a orillas del lago Lemán, se tratan, siempre bajo el amparo



El profesor Niehans corta y separa las células vivas de los tejidos mediante un simple tajo. Su trabajo debe hacerse rápidamente ya que en menos de una hora se han de efectuar las inyecciones de las células frescas.

EHANS

del secreto profesional, los enfermos más ilustres del mundo. Entre ellos se cuentan el pintor Braque, que sufría unas terribles deformaciones reumáticas; el canciller Adenauer y el mismo Somerset Maugham y además una infinidad de pacientes célebres, de los que nunca se sabrá el nombre, que acuden con ánimo de encontrar allí una nueva juventud... Suiza, país del secreto bancario, se ha convertido también en la celosa guardiana del secreto de la segunda juventud. Porque es un hecho que la terapia celular se ha convertido, primordialmente, en un tratamiento de curas de rejuvenecimiento. Hay quien cree que Niehans, voluntariamente, ha sido el promotor de esta particularidad de su método, dirigiéndola hacia la clientela capaz de hacer frente a los considerables gastos que el tratamiento implica. Sin incluir los gastos que representan la matanza de los animales y demás gastos diversos, el tratamiento viene a costar unos 500 francos suizos por órgano. Después de una semana, el enfermo abandona la clínica revitalizado. Son muy pocos los que han de volver para someterse a una cura posterior; Niehans afirma que el porcentaje de fracasos es ínfimo. Uno de los deseos más fuertes del profesor sería el poder utilizar células embrionarias humanas. El resultado, dice, será entonces mucho más alentador. Un diabético, por ejemplo, se podría curar definitivamente mediante la inyección de un páncreas humano en formación. Cada embrión es la esperanza de una nueva vida para un enfermo.

Treinta años de terapia celular

La terapia celular cuenta ya con más de treinta años de existencia. Todo comenzó —dice— por una llamada telefónica en abril de 1931 de un amigo, el profesor de Quevrain, director de una clínica en Basilea. Su voz era angustiosa: «Uno de mis más jóvenes cirujanos ha herido, accidentalmente, los paratiroides de un enfermo en el transcurso de una operación. Usted tiene una gran experiencia en los trasplantes de glándulas y le ruego que le injerte los paratiroides de un animal»...

Niehans era entonces cirujano y endocrinólogo. A lo largo de su vida profesional había realizado más de 50.000 operaciones. Como otros muchos, había estado tentado en infinidad de ocasiones de injertar sobre el hombre órganos de animales, y consideró que ésta era su ocasión. Con la ayuda de unas tijeras cortó en pequeños trozos los paratiroides de una oveja, disolviéndolos en una solución de suero fisiológico e inyectando este preparado al moribundo. Los minutos siguientes fueron de verdadera ansiedad. Un hombre sin paratiroides no puede vivir mucho tiempo. Al cabo de algunas horas cesaron los calambres, el enfermo estaba salvado y la terapia celular acababa de nacer. Hasta entonces existía la creencia de que la inyección de una albúmina extraña en un organismo vivo determinaba la muerte.

Hace poco, Niehans recibió la visita de un célebre profesor alemán. En su laboratorio tenía preparadas cinco jeringas con órganos de cinco animales diferentes. Cuando se disponía a realizar el primer pinchazo, el profesor alemán, pálido, le sujetó por el brazo rogándole que no lo hiciera. Después, cuando el enfermo se hubo levantado de la cama en completo período de recuperación, el alemán estaba convencido de que el cuerpo humano absorbía maravillosamente las células frescas de un animal.

Uno de los mayores interrogantes consistía en determinar la razón por la cual las pequeñas células proporcionaban la curación. El profesor Carrel, hace ya tiempo, estudió la maravillosa influencia de las



Niehans vive a orillas del lago Lemán, cerca de la clínica a donde acuden los enfermos más ilustres del mundo.

células sanas sobre unos cultivos de células enfermas, y observó que los cultivos en vías de desgaste recuperaban la vida por una aportación mínima.

Se quiere retardar la muerte

Hay quien ha creído que el tratamiento de células se limitaba simplemente a meras curas de rejuvenecimiento, precisamente por el índice medio de la edad de sus clientes que, generalmente, suelen ser mayores. Pero en realidad éste es sólo un aspecto del método. En todas las edades, la terapia celular estimula el funcionamiento de los órganos deficientes. En los niños retrasados, los resultados favorables son elevadísimos; igualmente en los calambres de la pubertad. A lo largo de una vida, las células luchan contra las alteraciones de los órganos, pero evidentemente su presencia debía ser de más utilidad al final de la vida. El corazón que ha estado latiendo sin interrupción llega a fatigarse; su músculo está debilitado. Las fa-

cultades intelectuales disminuyen también poco a poco, el sistema nervioso central, muy delicado, se altera, la memoria desaparece, las facultades de comprensión se apagan. Las células frescas quieren remediar, en lo posible, esta situación. No se trata de suprimir la muerte. Simplemente lo que pretenden es retardarla o, al menos, hacer posible una vida activa hasta el momento mismo de la muerte.

Contra lo que se cree, no existe ningún peligro en admitir en el organismo células extrañas, siempre y cuando se practique la operación bajo un control necesario. Niehans lleva ya efectuadas más de 6.000 inyecciones y prácticamente ha utilizado células de todos los órganos, de fetos o de animales jóvenes. En realidad se está todavía en los albores de esta nueva terapéutica. Una cosa es perfectamente clara: es indispensable, antes de inyectar, alejar todo peligro de posible infección.

Niehans, doctor en medicina, es también licenciado en Teología, lo cual explica claramente su facultad de prolongar en perspectivas fisiológicas sus propósitos médicos.

GILLES LAMBERT